

Resistencias femeninas: investigaciones entre el cuerpo y el habla

*Thais Oliveira Brandão**

Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador

Recibido: 15 de enero de 2013

Aceptado: 26 de marzo de 2013

Female resistance: researches between body and speech

Palabras clave: Cuerpo/habla, Resistencia, Femenino.

Resumen

Presentamos una propuesta de análisis de lo femenino dentro de algunos conceptos clave de la teoría feminista como son: el género, el sexo y la sexualidad, desde una postura implicada con investigaciones comprometidas, situadas y encarnadas. Analizaremos posibilidades de investigar los lenguajes orales y corporales de las mujeres con el fin de encontrar la materialidad del cuerpo/habla en una relación sujeto/sujeto en investigación. Resaltamos que estas expresiones (orales y corporales) son vividas como una forma de resistencia, de creación y que, por eso mismo, reclaman libertad. El cuerpo y el habla femeninos, interdependientes, se expresan con estrategias propias y constituyen un espacio común de liberación que también está disponible para ser investigado.

Key words: Body/speech, Resistance, Female.

Abstract

An approach on analyzing some key concepts of feminism theory, such as: gender, sex and sexuality which involves a committed thought with the compromised, embodied and located research we show in this paper. We will analyze the possibilities of looking for female oral and body languages in order to find the materiality of the body/speech in relation with subject/subject in research. We emphasize that these expressions (oral and body languages) are lived as a resistance and are constructed. That is why they demand freedom. The female's body and speech are independent and are expressed with their own strategies and space of freedom which is able to be researched.

Referencia de este artículo (APA):

Oliveira, T. (2013). Resistencias femeninas: investigaciones entre el cuerpo y el habla. En *Revista Educación y Humanismo*, 15(24), 23-37.

* Doctora en Psicología Social. Profesora, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, de la Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador. thaisuni@gmail.com



Introducción

La intención de este artículo radica en presentar pistas metodológicas de análisis en investigaciones sensibles al género, donde los lenguajes verbales y no verbales sean tomados en cuenta para un análisis más próximo a la realidad. Partimos del presupuesto de que una investigación, que se pretende objetiva, tiende a ser sesgada por una posición, un interés y también por el cuerpo de quienes la hacen (Haraway, 1995). Sugerimos que la construcción de identidades, en este caso de una mujer, puede ser realizada por la expresión oral de su historia de vida, pero puede darse igualmente a través de los rasgos de su cuerpo, de la materialidad del cuerpo/habla.

Los conceptos de género, sexo, sexualidad y cuerpo serán expuestos para direccionar el trabajo a su punto fundamental: estas expresiones son vividas como forma de resistencia, de creación y reclaman todavía su libertad.

Género

Según la antropóloga Moore (1999), es imposible dedicarse al estudio de una ciencia social prescindiendo del concepto de género, puesto que, al igual que el concepto de *acción humana* o de *sociedad*, este no puede quedar al margen del estudio de las sociedades y ciencias humanas. A su vez, pensar que algo es natural, implica creer que es inmutable. Estos conjuntos de supuestos sobre la *naturalidad* conducen a ciertas prácticas opresivas y discriminatorias tanto sexuales como sociales. Es por eso que desde la crítica feminista sobre el sexo como algo inamovible

surge el uso de la categoría “género” como una construcción social.

En este contexto, se contempla al género como una relación de categorías socioculturales, tratando de valorar su análisis simbólico que se manifiesta una vez comprendido cómo se articulan socialmente las mujeres y los hombres, y cómo el resultado de esa articulación define y redefine la actividad social.

El término género, como afirma Narotzky (1995), determina un enfoque social desarrollado por influencia de las ciencias sociales anglosajonas y del feminismo:

Es una construcción social y cultural que no se articula a partir de definiciones normativas de lo masculino y lo femenino que crean identidades subjetivas y relaciones de poder tanto entre hombres y mujeres como en la sociedad en su conjunto (p. 89).

La expresión fue acuñada primeramente en los años 70 por el feminismo académico anglosajón, con la pretensión de diferenciar las construcciones sociales y culturales de la biología. Los estudios de Lamas (1999) nos aportan un recorrido por la construcción de esa categoría social que, además de un objetivo científico, poseía un claro objetivo político: “Distinguir que las características humanas consideradas ‘femeninas’ eran adquiridas por las mujeres mediante

un complejo proceso individual y social, en vez de derivarse ‘naturalmente’ de su sexo” (p. 147).

En la actualidad, aunque es muy ampliamente utilizado, el término no posee un significado claro y compartido en todos los ámbitos sociales. Como enfatiza Lamas (1999):

Cada vez se habla más de la perspectiva de género; sin embargo, al analizar dicha perspectiva se constata que género se usa básicamente como sinónimo de sexo: la variable de género, y el factor género, son nada menos que las mujeres (p. 148).

De hecho, incluir a las mujeres en esa categoría sin nombrarlas no facilita un modo de decodificar el significado que las culturas otorgan a la diferencia de sexos, tampoco la comprensión de las complejas conexiones entre las formas de interacción humana.

Las diferencias biológicas no proporcionan una base universal para la elaboración de definiciones sociales. Comprendemos así que el concepto de mujer no puede construir una categoría analítica universal de investigación, por lo tanto, no pueden existir connotaciones analíticas, cuando se aplican universalmente, en expresiones tales como: *situación de la mujer, subordinación de la mujer o hegemonía del hombre*.

De la misma forma, Stolcke (1992) defiende que la teoría de género puede conducir a una nueva y subversiva política de género tan solo

si presta atención a las formas de poder y dominación; comprendiendo así al género como una perspectiva relacional, “un proyecto político que exige la superación de todas las formas de desigualdad social” (p. 90).

Lo que queda claro con las definiciones de Stolcke (1992, 2004) es que los estudios de las diferencias y de las desigualdades de género parecen liberarse de sus referentes biológicos al asumir que no todas las culturas representan de la misma forma la diferencia entre los sexos ni le atribuyen la misma importancia social.

Como elemento alternativo de análisis es imposible dejar fuera de esta discusión a la filósofa Butler (1993), con quien se suele relacionar la subversión del imperativo del cuerpo sexuado biológico aboliendo la categoría de género.

Aludimos a la teoría *queer*¹ como una política deconstructivista que traduce esa indefinición, argumentando que las distintas identidades sexuales son productos históricos y sociales, en lugar de naturales e intrapsíquicos, y que las identidades fijas son tanto la base de la opresión como del poder político. Como lo apunta Gamson (1995): “El género es una asignación social

1. *Queer* significa, traducido del inglés, “raro”. Surge como un movimiento en los Estados Unidos de los 90, poniendo en cuestión la distinción clásica entre género y sexo y la división del mundo entre hombre y mujer. Como teoría plantea una posición crítica respecto a los efectos normativos de toda formación identitaria, no solo el sexual sino también las referidas a la raza o a la clase. Fuera de las leyes de género, intentan dismantelar la supuesta naturalidad y coherencia de las categorías sexo-género y sexualidad con las estrategias de preformación. Leer más: Butler (1993, 2003) y Gamson (1995).

[...] el sexo opuesto es ninguno” (p. 159). Uno de los méritos de la teoría *queer*, publicado en 1990 en *Gender Trouble*, fue hacer la deconstrucción del concepto de género, en la cual está basada toda teoría feminista.

El problema que la autora ha apuntado es la inexistencia de este sujeto que el feminismo intenta representar, sacando de la noción de género la idea de que este devenía del sexo para discutir de ahí la condición discursiva y cultural del sexo, así como se suele situar el género. Por lo tanto, lo que define el género es la acción simbólica colectiva y discursiva. La cultura marca a los seres humanos con el género y este marca la percepción de todo lo demás: lo social, lo político, lo religioso y lo cotidiano.

Según la autora, podemos adoptar un género y mantenerlo o alterarlo; no son categorías fijas. Incluso un género fijo debe ir fijándose día a día, nunca queda fijo definitivamente, pues se rehace y se restablece en el modo que sea. Como lo esclarece Moure (2012): “Hay tantos géneros como individuos y ni siquiera cada sujeto debe permanecer instalado en estas celdas toda la vida. Las personas cambian” (p. 19). Además, las diferencias sociales se construyen como productos históricos que distintos grupos configuran al relacionarse para acceder a todo aquello que consideran recursos necesarios. Y el género, en su diversidad cultural y social, no es sino una de las formas más recurrentes de creación de diferencias, que en su interrelación con otras construye el sistema de desigualdades en una so-

cialidad. Ante esas circunstancias, no hay posibilidad de un acceso a *lo natural* como si esto fuese algo originario e independiente de concepciones culturales. De esto que damos por llamar *naturalidad*, aclara Butler (2003), *sexo/género* es ya una suerte de modelo donde estamos contruidos de una manera determinada. Así, Butler (2003) da un valioso paso teórico y político hacia adelante, partiendo de una estrategia performativa de desestabilizar el sexo, el género y la sexualidad, al insistir en que se tratan de fenómenos contestables, dinámicos y hasta subversivos que no deben ni pueden ser confinados al dualismo sexual biológico, sino que deben ser rescatados de la regulación heterosexual normativa para ser reconocidos.

Pero, dentro de ese reconocido giro de estrategia de análisis, se suelen marcar algunas críticas a su teoría. Una de ellas se refiere al alcance de su propuesta, puesto que no hay un programa de liberación universal válido para todas las mujeres, ya que para algunas esa subversión del cuerpo no tendría en absoluto un sentido de liberación, sino que constituiría el reforzamiento del *statu quo*. Aquí yace un buen motivo para el cuidado de los análisis del cuerpo como materialidad, reconociendo la importancia de la tendencia a las investigaciones destinadas a sacar a la luz y valorar los saberes y las prácticas.

Siguiendo con las críticas, Maquieira (2001) afirma que en Butler (1993) el género es producido discursivamente desde prácticas de exclusión. La lucha contra el género requiere la

inclusión de todos los discursos posibles sobre el sexo, las prácticas sexuales y las identidades sexuales, pero a la vez no permite la libertad de todo, puesto que la mayoría de las personas no encuentran asignaciones de género fluidas ni abiertas a la libre elección. Igualmente, Stolcke (2004) argumenta: “Seguramente solo hay una pequeña minoría privilegiada en el planeta que goza de plena libertad para realizar sus deseos sexuales” (p. 96).

El debate va más allá porque las aportaciones de Butler (1990, 1993, 2003) son fundamentales al estudio del cuerpo. Por lo tanto, seguiremos contando con ellas en el curso de estos planteamientos.

Observamos que, como categoría de análisis, el género vincula dialécticamente lo material y lo simbólico; lo personal y lo social; la estructura y la acción humana; lo individual y la sociedad; y establece un enlace necesario entre lo simbólico y lo ideológico, enmarcando el cuerpo con su materialidad y visibilidad sexual, además de poder relacionarse con la categoría de deseo.

Este reconocimiento implica rechazar teorías que consideran las desigualdades como una consecuencia natural, adoptando un examen activo de las discriminaciones de género construidas socialmente y mantenidas a través del lenguaje y de las relaciones sociales.

Si la conciencia está habitada por el discurso social, la diferencia de género es la fuente de

nuestra imagen del mundo, en contraposición con otro/a y esta dicotomía condicionada hombre/mujer, más que una realidad biológica, es una realidad simbólica, política y cultural.

Con Lamas (1999), reconocemos que el trabajo crítico y deconstructivista del feminismo ha aceptado que los seres humanos estamos sometidos a la cultura y al inconsciente, identificando las formas insidiosas y sutiles del poder social y psíquico.

El feminismo, visto no únicamente como una teoría más sino como una conciencia crítica que resalta las tensiones y contradicciones que encierran los discursos dominantes (Varela, 2005), es una herramienta eficaz para desenmascarar esos discursos cristalizados históricamente y respaldados por el poder patriarcal capitalista.

Esta categoría histórica y crítica servirá de marco para comprender el carácter *generizado* de todas las relaciones sociales. Ella conducirá a cuestionar la pretendida neutralidad del conocimiento y también ayudará a operar en la deconstrucción de la identidad femenina. La formación de esa “esencia femenina” es el resultado de procesos complejos articulados en torno al “dispositivo de feminización”². Sin embargo, como principio estructurante y estructurado de las relaciones humanas y del conocimiento en las sociedades occidentales, este concepto está vinculado

2. Concepto acuñado por Varela (1997) que hace referencia a las distintas y estratificadas estrategias de poder que regulan la “formación del femenino” en las sociedades occidentalizadas.

a la cultura, a la historia y a las relaciones de poder que lo envuelven.

Partiendo del presupuesto de Varela (1997), es preciso enfocarse *hacia una nueva ética* que sirva para rechazar cualquier forma de poder totalitario; fundada en el individuo, pero no individualista y que igualmente proponga una noción de género más relacional, dialógica y corporificada.

Si la sexualidad es construida discursivamente, nos proponemos disipar mitos de género y analizar los procesos por los cuales el lenguaje puede ser utilizado para crear o mantener rasgos reproducidos socialmente en identidades.

Sexo

Para estudiar el sexo, se hace necesario reconocer su estrecha relación con el género. De hecho, la pareja sexo/género fue uno de los puntos de partida fundacionales de la política feminista. Concibiendo que ambos conceptos son construcciones sociales, su mutua vinculación se refiere a la manera cómo actúa en los cuerpos, precisamente dentro del cuerpo social que configura y forja las reglas matrimoniales; particulariza los sistemas de parentesco y transforma a las hembras y a los machos, en *mujeres y hombres*, dividiéndolos en dos categorías sociales incompletas la una sin la otra.

Sin embargo, Butler (2003) apunta recurrentemente que no solo hay esta escisión entre sexo y género, sino también este orden mimético que

nosotras le damos primero al sexo y después al género, es un orden inverso. Esta construcción social genera las distinciones, las divisiones y las características que nosotras llamamos *naturales*, pero como solo podemos acceder a lo natural desde lo cultural, siempre lo cultural interviene en el acceso a lo biológico.

Podemos, entonces, argumentar con Stolcke (2004) que en lugar de indagar por la relación entre sexo y género, es mejor preguntarse por las circunstancias históricas en que el dualismo sexual biológico y la sexualidad pueden tener consecuencias socio-políticas y de género.

A pesar de las dificultades conceptuales que han planteado las feministas en relación con la distinción entre sexo y género, la autora afirma que continuamos precisando desentrañar “las diferencias que son inevitables y aquellas que son escogidas, de aquellas que son simplemente impuestas” (Stolcke, 2004).

Según Maquieira (2001), el sexo se instaura en la sociedad a través del género. A este lo define como las características anatómicas de los cuerpos, incluida la genitalidad, así como las características morfológicas del aparato reproductor y aspectos tales como diferencias hormonales y cromosómicas.

Siguiendo los estudios de Foucault (1976, 1984), que tratan de desesencializar la sexualidad, se demuestra que el sexo inevitablemente está sujeto a una construcción social. Para este

autor no existe un sexo natural anterior al discurso, pues este está tan construido como lo está el género porque ha sido regulado por los mismos sistemas de verdad. Estos sistemas son cuestionados a partir de su intrigante reflexionar sobre la debatida temática de la *verdad del sexo* y su disciplinamiento. Foucault (2005) afirma que lo único que hay son cuerpos que ya están contruidos culturalmente. Es decir, no hay posibilidad de un sexo natural porque cualquier acercamiento teórico, conceptual, cotidiano o trivial al sexo se hace a través de la cultura y de su lengua, incluyendo sus marcas religiosas. Según este autor, la idea de sexo es regida por el *dispositivo de la sexualidad* que controla su finalidad y su funcionamiento, y afirma: “El sexo es algo más que los cuerpos, dotado de propiedad intrínseca y leyes propias” (Foucault, 1976:184). Es por el sexo, punto imaginario fijado por el *dispositivo de la sexualidad*, que accedemos a la inteligencia, al cuerpo y a la identidad.

Sin embargo, Varela (1997) cree necesario luchar por librarnos de ese absolutismo del sexo en el que nos ha introducido el *dispositivo de la sexualidad*. De hecho, la propia noción bisexual moderna (dos únicos sexos) es también un símbolo o una representación relacionada con otras características de nuestra cultura, aunque parezca aproximarse más a la realidad empírica. El conocido estudio del médico Laqueur (2001) ya discutía el modelo biológico occidental de los dos sexos como la *base real* a partir de la cual se construyen las relaciones de género. En sus estudios de las representaciones científicas de los

genitales desde los griegos clásicos hacia Freud, comprende que el cuerpo está tan profundamente ligado a los significados culturales que solamente puede ser explicado dentro de un contexto. La teoría de los dos sexos era construida y explicada dentro de contextos occidentales de lucha sobre género y poder, puesto que la ciencia, por cuestiones ideológicas y políticas, también construye la diferencia entre el hombre y la mujer.

Aun dentro de esta temática, la bióloga feminista Fausto-Sterling (2006), discutiendo la sexualización del cuerpo de las mujeres, rompe nuestras *cadena*s acerca de la noción de los dos sexos, cuando pone en la mesa por lo menos cinco de ellos, tornando visibles tres sexos más (los intersexuales) además de mujer y hombre. Así, apunta la necesidad de revisar ese fenómeno no del todo raro, pues revela que en la época de sus investigaciones al menos 1,7 % de nacimientos eran intersexuales. Por lo tanto, aunque los sexos no parezcan problemáticamente binarios en su morfología y constitución, no hay razón para suponer que los géneros también deban permanecer en número de dos.

Como investigadoras cuestionamos si la identidad sexual también puede ser narrada desde los dispositivos y argumentos dados por un habla y por un cuerpo, atravesados inevitablemente por la sexualidad.

Sexualidad

La sexualidad, al igual que el género y el sexo, es política. Según Maquieira (2001), ya no

podemos hablar de sexo y sociedad como si fueran campos separados, puesto que la sexualidad es algo que la sociedad produce de manera compleja, “es un producto de negociación, lucha y acciones humanas atravesada por el género” (p. 176). La autora define la sexualidad como “comportamientos, sentimientos, prácticas, deseos y pensamientos sexuales, así como los vínculos emocionales y/o sexuales entre personas” (Maquieira, 2001:180).

A pesar de los significativos cambios conceptuales y prácticos que la sexualidad femenina obtuvo a lo largo de los siglos, esta autora afirma que todavía no se ha cambiado la posición subordinada de las mujeres, ni su sexualidad ha sido contemplada como fruto de la autonomía y la elección personal. Aun así, la sexualidad está implicada en distintos sistemas de dominación, permeables entre sí, como la clase, el género y la raza. Esto deviene de las formas dominantes del pensamiento científico, las cuales no solamente son androcéntricas, sino también racistas y clasistas. Estos tres elementos se permean ideológicamente en la tendencia a naturalizar las desigualdades socioeconómicas. Stolcke (1999) afirma que:

Justo cuando se dejó de hablar de raza para hablar de etnicidad, se sustituyó también, en la misma época, las interpretaciones biologicistas y esencialistas de las diferencias de sexo por un enfoque de género (p. 96).

La pregunta clave planteada por la autora no se circunscribe a cómo se relacionan el sexo, el género y la sexualidad, sino en qué circunstancias históricas y en qué sentido las diferencias de sexo engendran desigualdades de valor y poder entre los seres humanos.

Aunque la sexualidad, como toda actividad humana, esté enraizada en el cuerpo, la estructura corporal y la fisiología no determinan directamente la configuración o el significado de la sexualidad, ya que la simbolización social se envuelve mucho más a menudo de valoraciones positivas o negativas a los cuerpos y a las prácticas sexuales.

A partir de estos planteamientos desde la antropología del cuerpo, se propone un reto que estaría en dotar de diferentes significados al cuerpo y a la biología, “lo que hay que cambiar son las actitudes, las creencias, los valores, más que el cuerpo” (Esteban, 2004:33).

En suma, asumimos el cuerpo como origen e instrumento de las relaciones sociales con sus distintas formas de comunicación, y a partir de él se proponen formas creativas de resistencia.

Es precisamente la pervivencia de la lógica de funcionamiento del viejo orden, la que tanto sufrimiento ha generado y ha contribuido a la formación de nuestro mundo, lo que es preciso transformar dentro y fuera de nosotras mismas. Es necesario que en los espacios de investigación posicionada se dé lugar a nuevas experien-

cias de libertad, tanto del habla como del cuerpo. También resulta sumamente necesario oponerse a la lógica del patriarcado y a su construcción negativa de la feminidad y del cuerpo femenino; de los cuerpos en general. Una estrategia para alcanzarlo podría ser la utilización del discurso a favor de los cuerpos en expresión, en materialidad, en plena escritura de la vida y de las formas de resistencia que eso encarna.

Cuerpo y lenguaje. El cuerpo/habla

Dentro de los estudios feministas el cuerpo solo se convirtió en un espacio de lucha política en los 70. Más adelante se ha intentado buscar respuestas a las incógnitas de la diferencia entre lo masculino y lo femenino; el cuerpo sexuado y la dicotomía sexo/género cuestionada por los estudios *queer*.

El cuerpo es un nudo de estructura y acción, de experiencia y economía política. De este modo, todo avance feminista, todo “empoderamiento” implica siempre una experiencia del cuerpo visto y vivido. El cuerpo está imbricado en diversos dispositivos y conceptos; está en el cruce de las imposiciones mediáticas y tecnológicas; siguiendo el imperativo de las industrias alimenticias, cosméticas y farmacológicas; moldeado a los micropoderes vigentes. Por ello, focalizamos el concepto de biopoder de Foucault (1976:168) que, desde la administración de los cuerpos y la gestión cuidadosa de la vida, trajo al interior de las instituciones un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo. Como afirma el filósofo, la articulación de ese

“poder sobre la vida” no se realizará en el nivel de un discurso especulativo, sino en la forma de arreglos concretos que constituirán la gran tecnología del poder en el siglo XIX, apuntando así que por primera vez en la historia lo biológico se reflejaría en lo político.

Vivimos en una sociedad del sexo, de la sexualidad, donde los mecanismos de poder se dirigen al cuerpo, a la vida, a lo que hace proliferar. Están incluidos: salud, progeneración, raza, porvenir de la especie y vitalidad del cuerpo social.

El cuerpo y sus acciones son entendidos de acuerdo a los códigos de significado prevalentes en una sociedad y cultura concretas. A partir de la institucionalización de las diferencias de género, entre toda una gama posible de atributos corporales, solo se privilegian aquellos necesarios para un sistema de reproducción humana específica y con base sexual.

En ese debate, cuestionamos la existencia del cuerpo como materia previa al discurso. Desde su visión dualista profundizada y solidificada que relaciona mente/cuerpo, este enfoque posee una tradición filosófica sustentada por relaciones de subordinación y jerarquías políticas y psíquicas, que invariablemente mantienen las jerarquías hegemónicas de género.

Como afirma Esteban (2004): “En esa visión dividida del ser humano, el cuerpo se presenta en una consistencia que nos permite transformarlo,

abrirlo, trocearlo, descuartizarlo” (p. 26). Tras ese debate por “una materialidad previa” es preciso tener en cuenta que nuestros argumentos se basan en una concepción de cuerpo atravesado por la cultura, no pre-cultural o natural esperando el arreglo de esta.

Se hace inevitable poner en sus términos esa materialidad del cuerpo, encarnarlo, en sus distintos lenguajes. Por eso, las diferentes experiencias del cuerpo lo definen de una manera determinada, así como las propias definiciones y conceptualizaciones del cuerpo son consecuencias de las distintas maneras de cómo se lo experimenta o cómo “lo escuchamos”.

El cuerpo también instala a la persona en su relación con la otra y con el entorno. En una investigación sensible al género, diversas impresiones son generadas en el contacto con formas y maneras de contar la vida que experimentamos con el acercamiento a otras mujeres.

Nuestra presencia, elemento decisivo de la presentación de nuestra identidad, es un rasgo esencial de la subjetividad de nuestro cuerpo. De modo que estos rasgos subjetivos y materiales son repetidos y registrados en la situación más íntima de la co-construcción de investigación situada.

Puesto en otros términos, no se trata de que el cuerpo no sea material o de negar la materia del cuerpo en pos de un constructivismo radical. Simplemente se trata de insistir en que no hay

acceso directo a esta materialidad del cuerpo si no a través de un imaginario social: no se puede acceder a la *verdad* o a la *materia* del cuerpo si no es a través de los discursos, las prácticas y las normas.

Teniendo en cuenta que el cuerpo es una materia que se aprehende con la razón que lo organiza, la materia (cuerpo) existe, pues es un artefacto, pero no se concibe sin las normas lingüísticas y sociales. Es real, pero accedemos a ella a través de artificios (como el género) y, sin embargo, las normas de género se hacen en el cuerpo.

Siguiendo una vez más los argumentos de Butler en su libro *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of “sex”* (1993), el yo es el cuerpo, es una materialidad organizada intencionalmente, un modo concreto de encarnación, y en lo que se encarnan diferentes posibilidades históricas. El cuerpo es una situación histórica, una manera de hacer, de dramatizar, de reproducir situaciones históricas. En definitiva, el cuerpo es inducido a convertirse en un signo cultural. Por tanto, construye la realidad, es actividad, interpretación, inscripción, pero él también inscribe la realidad a través de los actos del habla (parte de ellos son corporales y físicos). Así, el habla es un acto con dimensión corporal. El lenguaje y el cuerpo poseen un vínculo íntimo y problemático que reclama seguir siendo pensado.

El cuestionamiento planteado aquí es: ¿cómo escuchar también al cuerpo, reconociendo su

corporeidad, su materialidad que, por una parte, está fuera del discurso (nace, muere, envejece y enferma; produce vida), pero que no puede entenderse sin él?

Acentuamos una relación muy estrecha entre cuerpo y lenguaje que rompe con la noción de representación. El habla es tratada aquí como una acción cuya peculiaridad es su dimensión corporal. No se puede decir sin que el cuerpo no interfiera, esta es su condición intrínseca. Dentro de estos saberes interrelacionados, especialistas de la comunicación (Knapp, 1982; Davis, 1985) confirman, a partir de estudios de la comunicación no verbal, que estos se hallan inextricablemente unidos a los aspectos verbales y contextuales de la comunicación. Estos autores concuerdan en el hecho de que los seres humanos dan muestras de una pauta de actos sincrónicos del cuerpo/habla, y son estos los que no podemos dejar por fuera en el análisis de una investigación implicada, comprometida y situada. A partir de ahí, podemos argumentar que la materialidad está insertada en lo discursivo. Tal como la lengua, el cuerpo generizado sería un legado de actos y de discursos que se van sedimentando y no una estructura determinada. Es decir, los discursos habitan los cuerpos, se acomodan en ellos, y ya que el lenguaje es el dominio de lo que es propio (y también de lo impropio, de lo inteligible y de lo ininteligible, de lo que se nombra y de lo que no) el cuerpo puede ser lo que una persona quiere expresar.

Cuando un cuerpo habla inscribe biológica y

biográficamente su acto, su *performance* en lo social. Lo que queda claro es que el cuerpo es condición y vehículo del habla. Por lo tanto, la acción desmonta la oposición entre lo material y lo lingüístico ya que expone su imbricación e interdependencia. A partir de ese encuentro entre lo material y lo lingüístico, el cuerpo puede producir biografías, sí mismos y libertad; producir resistencia en el propio acto de habla, a través de agenciamientos, de su capacidad de acción, de su vivencia.

En sintonía con esta idea, Esteban (2004) resalta la importancia del cuerpo como materia y como experiencia dentro del análisis social. En sus estudios destaca la constante atención para no dejar el cuerpo y la materialidad carnal por fuera de la reflexión científica. Esta autora lo considera histórico, no biológicamente dado, sino constituyente en el orden del deseo, de la significación, de lo simbólico y del poder. Aquí proponemos, consecuentemente, el lugar de resistencia asignado al cuerpo anclado en esta historia, en su historia, desde una perspectiva de experiencia integral del mundo.

El cuerpo que somos está efectivamente regulado, controlado, normativizado y condicionado por un sistema de género diferenciador y discriminador, sobre todo, para las mujeres, por unas instituciones concretas a gran escala. Pero, como afirma la autora:

Esta materialidad corporal es lo que somos, el cuerpo que tenemos, y puede ser

un agente perfecto en la confrontación, en la contestación, en la resistencia y en la reformulación de nuevas relaciones de género (Esteban, 2004:40).

El cuerpo/habla carga con su propia inscripción simbólica, lingüística y material; puede escribir en lo real con su cuerpo mismo como en una danza o un cuento. Acciones de la escritura del cuerpo, significantes que producen sonido, reacciones, otros actos de habla que podrían ser libres, condicionados solamente por sus mismos cuerpos. Es esta experiencia de resistencia la que proponemos encontrar cuando nos posicionamos como investigadoras comprometidas. La resistencia como creación de uno(a) mismo(a) puede ser libertadora.

Resistencia y libertad

Ya se trate de resistencia o de libertad, estos conceptos mantienen una estrecha relación con el poder. Siguiendo con los estudios de Foucault (2005) sobre el poder, concluimos este artículo presentando la relación que estos dos conceptos mantienen con el tema del cuerpo de la mujer y su habla.

Entendemos que en el cuerpo están inscritas las historias de vida de cualquier persona, y que debido a prácticas de sumisión (especialmente distintas según sexo/género), estos cuerpos no suelen ser libres hasta que no sean revelados, contados, relatados y reinventados tal como sus historias. Por esa razón, en una investigación atenta, subjetiva y encarnada, nos deparamos

con distintos cuerpos de mujeres en diferentes culturas, condiciones sociales o étnicas que nos enseñan como un bosquejo, una pintura o una escena lo que son, lo que fueron y lo que les gustaría ser. Sus formas fuertes o flacas, sus manos pesadas o ágiles son parte de esta historia de resistencia que está disponible a una investigadora, quien a su vez dispone su cuerpo, oyente, admirado y aprendiz.

La resistencia tratada aquí sigue el planteamiento que sugiere Foucault (1976, 1984), justamente las luchas contra los privilegios del conocimiento, contra el control de las expresiones y de la forma de acceder al saber que se oponen a la deformación y a todo lo que pueda haber de mistificador en las representaciones que se imponen a las personas. De este modo, comprendemos como resistencias todo lo que se expresa contra las diversas formas de subjetivación que nos vienen impuestas, contra las formas de sometimiento cotidiano, contra la sumisión de la subjetividad; que tratan de enfrentarse a técnicas particulares del ejercicio del poder que se aplican a la vida diaria. De esta manera, se entiende la resistencia como una forma propia de poder o de limitación del poder dominante.

Para el pensador francés la resistencia es creativa, productiva y anterior al poder. En el momento mismo en el que se da una relación de poder existe la posibilidad de resistencia. Según Foucault (2005), no estamos atrapados por el poder, siempre es posible modificar su dominio en condiciones determinadas con una estrategia

precisa, ya que el poder no es una propiedad ni una cosa, por lo cual no se puede aprehender ni conquistar.

La resistencia, como proceso de creación y de transformación permanente, desempeña en las relaciones de poder el papel de adversario, de blanco y de apoyo; ya que los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder. Como respuesta al ejercicio de poder sobre el cuerpo, exactamente sobre las afecciones, los afectos, las acciones y la resistencia, aparece en distintos puntos del entramado social como fuerza que puede combatir al poder que intenta dominarla. Es aquí donde proponemos la puesta en escena del cuerpo. Un cuerpo que resiste, “incapaz de someterse al comando, un cuerpo que no se adapta a la vida familiar, ni a la fábrica, ni a las regulaciones de la vida sexual convencional” (Díaz, 2006:115). Incluso, se adapta, sobrevive creativamente a la vida en familia, a la fábrica, a las convenciones sexuales; posee la grandeza además de la belleza, expresa sus estrategias de resistencia en su cotidiano a través de distintos lenguajes, a veces inaudibles, simplemente por seguir vivo y (re)produciendo.

Sugerimos que esta resistencia es su forma escénica, su *performance* en su realidad. El cuerpo/habla de estas mujeres es su forma de poder hacia la libertad de inventarse. La resistencia es construida sobre la base de la experiencia límite vivida por aquellos(as) que hacen de esta una auténtica práctica de libertad. Así, planteamos las siguientes preguntas: ¿Cómo hablar con el cuer-

po? ¿Cómo encontrará resonancia en sus formas a partir de sus historias de vida? ¿Cómo transformarse a partir de estas narrativas? ¿Este cuerpo puede ser libre tal como sus historias?

A modo de conclusión

Con este tipo de investigación, se intenta hallar las pistas hacia una libertad del cuerpo/habla de la mujer, de aquella que se apropia de él plenamente: lo busca, lo reconoce y lo narra. Comprendemos que la resistencia que implica el habla y el contexto oral, supone también una materialidad, el cuerpo/habla femenino que todavía está por liberarse.

Como ejemplo de liberación, la emergencia de los derechos sexuales y reproductivos, en tanto parte integral del plexo de los derechos humanos, son un avance en una deuda histórica, la de nuestra incorporación plena al humano universal y a la vida humana. A su vez, esta puede entrar en conflicto con otro valor, también constitucional, como lo es la libertad de la mujer sobre su cuerpo. Sin embargo, tanto por hallarse encarnado en un cuerpo orgánico como por haberse estructurado en el contexto histórico de unas relaciones sociales, económicas y políticas que han construido su valor simbólico, en el caso de la mujer no es difícil darse cuenta de que la autonomía de ese cuerpo es relativa y condicionada a los límites que impone la sociedad. Por eso mismo, a partir de una aproximación de la mujer con su propio cuerpo, y pese a las exigencias sociales de separarse de él, de escindirlo, ¿habría un espacio para su expresión libre?

Es hora de asumir el lugar de compromiso de investigaciones sociales implicadas con la transformación social y cuestionar el aporte cualitativo de su implicación, tanto con el saber como con el *objeto* de conocimiento de este mismo saber. Al estudiar temas sensibles al género tan controvertidos y, por veces, de difíciles ajustes con esta o aquella teoría específica es importante buscar, como investigadoras sociales, distintas(os) aliadas(os), con los(as) cuales podamos dialogar y construir un conocimiento científico, sin olvidar en ningún momento nuestra capacidad de transformar realidades, de aprender, crecer y ser críticas con nosotras mismas.

Es tiempo de reflexiones profundas, atentas a los paradigmas que se rompen por su carácter obsoleto, neutral, numérico, ciego o contraproducente. Recuperar y situar nuestros cuerpos en las investigaciones nos permite producir conocimiento político. Se debe recuperar la ciencia como afecto y afectación, sin negar su posición cuando afirma algo sobre/con el mundo. Así, la relación de investigación siempre va a ser cuerpo a cuerpo, no importando qué cuerpo, pero a la vez implicando este cuerpo como un lugar, un conocimiento, un saber y una propuesta de transformación social.

Referencias

- Butler, J. (1990). *Gender Trouble*. Londres: Routledge.
- Butler, J. (1993). *Bodies that matter, on the discursive limits of "sex"*. Londres: Routledge.
- Butler, J. (2003). *Problemas de gênero. Feminismo e subversão da identidade*. Rio de Janeiro: Civilização brasileira.
- Davis, F. (1985). *La comunicación no verbal*. Madrid: Alianza Editorial.
- Esteban, M. (2004). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales y cambio*. Barcelona: Bellaterra.
- Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina.
- Foucault, M. (1976 [1984]). *Historia de la sexualidad*, Vol. 1-3. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2005). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gamson, J. (1995). Must identity movements self-destruct? A queer dilemma. En: *Social Problems*, 42, 390-407. Disponible en: https://www.usfca.edu/uploadedFiles/Destinations/College_of_Arts_and_Sciences/Undergraduate_Programs/Sociology/docs/IDMovements_Gamson.pdf
- Haraway, D. J. (1995). Manifiesto cyborg. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX. En: D. J. Haraway. *Simios, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (pp. 251-311). Madrid: Cátedra.
- Knapp, M. L. (1982). *La comunicación no verbal. El cuerpo y el entorno*. Barcelona: Paidós.
- Lamas, M. (1999). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género. En: *Papeles de Población*, 21, 147-178. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11202105>

- Laqueur, T. (2001). *Inventando o sexo. Corpo e gênero dos gregos a Freud*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Maquieira, V. (2001). Género, diferencia y desigualdad. En: E. Beltrán & V. Maquieira (Eds.), *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos* (pp. 127-190). Madrid: Alianza Editorial.
- Moore, H. L. (1999). *Antropología y feminismo*. Madrid: Cátedra.
- Moure, T. (2012). *Queer-emos un mundo novo. Sobre cápsulas, xéneros e falsas clasificaciones*. Santiago de Compostela: Galaxia.
- Narotzky, S. (1995). *Mujer, mujeres, género. Una aproximación crítica al estudio de las mujeres en las Ciencias Sociales*. Madrid: CSIC.
- Varela, J. (1997). *Nacimiento de la mujer burguesa*. Madrid: La Piqueta.
- Varela, N. (2005). *Feminismo para principiantes*. Barcelona: Ediciones B.
- Stolcke, V. (1992). ¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad? En: *Mientras Tanto*, 48, 87-111.
- Stolcke, V. (1999). De Louise Brown, la niña probeta, a Dolly, la oveja clónica. *Mujeres y salud*, 3. Disponible en http://mys.matriz.net/mys03/articulos/art_03_06p.html
- Stolcke, V. (2004). La mujer es puro cuento: la cultura del género. En: *Revista Estudios Feministas*, 12(2), 77-105. Disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/ref/v12n2/23961.pdf>